

LAS SOMBRAS

Dicen que sólo los cobardes se asustan de su propia sombra, pero es una afirmación maliciosa, nada es tan implacable como ella, ni tan misteriosa; forma parte de nosotros sin embargo es independiente a nuestros mandatos, existente aún con nuestro cuerpo muerto.

Genaro lloraba, como tantos lo hacen, la desaparición de un ser querido; y como algunos, el consuelo le era esquivo. Debía saber, por legado familiar, sobre su amado hermano. Era el mayor de los dos, y siempre lo había protegido; era de esas cargas que se deben cumplir aún cuando ya no corresponda. Lo había descuidado por sus asuntos y ahora estaba muerto: una bala entró por su boca para acabar con la vida, todo refería que el desdichado había cometido suicidio. Genaro no podía admitir tal final, no imaginaba por qué tomar esa determinación desesperada si estaba él para ayudarlo, siempre lo había hecho y continuaría haciéndolo. La culpa lo destrozaba cada vez más, en tanto que la cotidianidad le mostraba que aquel ya no estaba donde solía estar: no lo llamaría, no comerían juntos los jueves por la noche como acostumbraban, no lo retaría por sus continuos actos infantiles, no lo vería más, y no podía evitarlo. Tenía que conocer los motivos de su decisión o también acabaría muerto; tenía que hablar con él, una última vez.

Conocía a la abuela Dora desde siempre, no tenía en sus recuerdos una cara juvenil de esa mujer, para él siempre había sido vieja, no más que ahora, tan vieja como de costumbre. Vivía en una casona descuidada y tan antigua como ella misma. Su madre acostumbraba a pedir la asistencia de la mujer por diversos motivos, algunos de ellos sumidos en el misterio de los adultos y otros donde él y su hermano eran los protagonistas: habían acudido decenas de veces para curar “empachos”, “mal de ojos” y

malestares de ese tipo, incluso la abuela salvó su vida cuando, muy de pequeño, tuvo “la culebrilla” y los médicos lo habían desahuciado, eso decía la narración familiar.

La vieja era adorada por muchos vecinos y temida por otros tantos. Algunos decían que podía hacer trabajos donde la gente moría o sufría por el resto de sus días, también se afirmaba que poseía el don de conectarse con los muertos. Genaro nunca dio crédito a esas suposiciones, ni a los servicios que le había prestado, pero la desesperación es irracional y no admite convicción alguna; haría lo que fuese necesario, aún lo más irrisorio, para escuchar las razones.

Muchos años habían pasado desde la última vez que estuvo en su presencia, esperaba que Dora aún estuviese viva y que pudiese ayudarlo. Cuando llegó a la casa le pareció que esa construcción se había detenido en el tiempo, como si todos los paisajes del barrio acusaran el deterioro y las modificaciones, menos esa casona bendita. Hasta él se sintió más joven cuando la abuela apareció en escena y lo dejó entrar como lo había hecho siempre.

Ambos se sentaron en el comedor, frente a una pequeña mesa de madera cubierta de un hule florido y ordinario. Genaro sintió miedo, o recordó el temor que esa habitación le producía cuando pequeño. Las paredes estaban adornadas con innumerables imágenes religiosas, repisas que sostenían diferentes estatuillas cristianas y profanas, y una especie de altar con velas encendidas e incienso ardiendo. Todavía colgaba un Jesús que sostenía el corazón entre sus manos, su cabeza levemente inclinada y sus ojos penetrantes: mezcla de ternura y de poder inquisitorio. El niño Genaro sentía que ese Jesús lo miraba a él y a todas sus maldades, no importara en que ángulo de la habitación se colocara, siempre lo miraba, como esperando que se arrepintiera de sus pecados allí mismo; entonces dirigía su vista a otro sitio, pero la mirada continuaba quemándolo con

su presencia. Él miró la imagen y se dijo que no podía sucumbir a ese miedo del pasado, y dirigió su vista para otro sitio.

Pasados los saludos de rigor y el recordar situaciones vividas, Genaro comentó el motivo de su visita y el estado en que se encontraba.

- Jamás se sabe lo que alberga un hombre en su corazón y cuáles son sus verdaderos propósitos... incluso propósitos que son desconocidos para él mismo- dijo la vieja como si su visitante estuviera buscando un consejo.

- Estuve muy atareado con mis negocios en este último tiempo y creo que le resté atención. Si hubiese sabido lo que le ocurría, si acaso me enteraba de su depresión, nunca lo hubiese dejado solo. Estoy convencido que estaría con vida.

-¿No has pensado que tu hermano pudo tomar una decisión sobre su vida... sin querer incluirte en ella?

- Es inentendible... no es posible que haya decidido tal cosa. Él sabía que haría lo sea para ayudarlo. Debo saber el por qué de sus actos.

- Comprendo tu dolor, pero pareces más preocupado por ti mismo que por el difunto. Lo que quieres saber es... si tú eres responsable de su muerte.

Genaro atinó a negar las afirmaciones pero se abstuvo, quizás porque se encontró con las causas de su desesperación, cuando hasta ese momento había creído que sus intenciones eran loables. No hay egoísmo en querer saber sobre un hermano, salvo que sea sólo para tranquilizar nuestro espíritu inquieto.

- ¿Qué quieres de mí?- le preguntó Dora sabiendo la respuesta.

- Sé que usted puede contactarme con los muertos y quiero que me ayude.

- No has de resolver asuntos de este mundo con seres que ya no pertenecen a él. Lamento decirlo pero son cuestiones que deberás enfrentar tú solo. Lo que no fue dicho quedará en tu garganta, aunque siempre podrás decirlo para ti; lo que no has hecho

quedará en tu cuerpo con el estremecimiento de lo contenido, acalambrado en tus músculos, aunque siempre podrás hacerlo por ti, por otros...

- Se lo suplico, si usted no me ayuda creo que seguiré el mismo camino...tan sólo unas palabras, sólo eso le pido. Juro que me pegaré un tiro si no lo hace- suplicó y amenazó entre sollozos.

- Deja a los muertos en paz. No se pasa al otro mundo sin pagar el costo para llegar allí. Como veras, tu hermano ha pagado con su propia vida... ¿Tú verdaderamente quieres pagar el paso con la tuya? ¿Tienes el valor de hacerlo?- dijo con un tono de reproche y sarcasmo, dejaba en claro que sus amenazas no la convencían, ni estaba dispuesta a escucharlas

- No, tiene usted razón... no podría hacerlo- dijo como pidiendo perdón-. Es que... mi corazón se retuerce dentro del pecho y ya no puedo resistir más... la intranquilidad me ataca a toda hora, me persigue en la vigilia y hasta en mis sueños, estoy cansado... Sí, es verdad, tiene que ver más con migo que con mi hermano. Pasé toda mi vida protegiéndolo, haciéndome cargo de sus problemas, de sus caprichos, hasta lo he odiado, pero hice la promesa de que siempre lo cuidaría...y ahora está muerto. Por lo que más quiera... debe ayudarme o me condenará a una existencia miserable.

La vieja miró a Genaro con duda, pensó por unos instantes en silencio. Luego se levantó de su silla sin decir nada, fue hasta otra habitación y regresó con un pequeño objeto cubierto por un paño negro.

- Si tu existencia será miserable no habrá diferencia con lo que pueda pasar... Esto va a costarte- advirtió con suma seriedad.

- No tengo mucho dinero pero trataré de acercarme a lo que me pida- aseguró sabiendo que podía poco.

- No quiero nada, puedes guardarte el dinero. Ahora te daré algo que me fue legado hace mucho tiempo por propia decisión... Nunca se lo he dado a nadie, pues nadie lo ha deseado como tú. Y los deseos son, en definitiva, lo que mueve nuestros actos, más allá de lo que uno deba sacrificar por ellos.

- Estoy dispuesto a retribuirle de alguna manera... luego que me conecte con mi hermano. Después de todo es su trabajo- refirió para ocultar la satisfacción por lo gratuito del servicio.

- No se trabaja de esto, ni voy a conectarte... ya estoy vieja y he perdido demasiado. Pero no te preocupes, yo te diré cómo hacerlo, es tan sencillo que da escalofríos saberlo. Genaro pensó en decirle que le pagaría lo que le pidiese con tal que lo hiciera ella, pero la convicción de Dora no le dejó margen para la propuesta.

La mujer levantó el paño y dejó ver un cofre pequeño, más chico que una caja de zapatos, revestido de un cuero marrón desgastado, sus bordes estaban adornados con un metal oxidado y verdoso; en el centro de la tapa tenía gravado una figura oscura, como una silueta humana de género indeterminado.

- Este es el cofre de las sombras, una de las posibles manifestaciones de las almas... Pero antes de usarlo debes confiar en tu hermano, debes estar seguro de su benignidad... pues solamente traerás a tu sangre sino lo que ello significa- advirtió sin ánimos de dar más precisiones.

- Ha sido un poco loco... pero un buen muchacho.

- Si eso es suficiente para ti lo será para mí. Te llevaras este cofre, te encerraras en un lugar a solas, apagaras las luces y encenderás siete velas, ni más ni menos. Luego fijaras la imagen de tu hermano en tu mente, con toda la atención que puedas, y cuando creas que esté listo abrirás el cofre, no antes... entonces tendrás lo que quieres.

- ¿Así de simple?

- Lo temido tiene siempre las formas de lo más simple...lo complejo son las maneras de conjurarlo. No es un juguete lo que te delego. Si acaso no puedes por temor, no te aflijas, ni te martirices, el miedo nos protege... si esto sucede lo deberás traer de vuelta, pero si te animas... puedes quedártelo.

- Esté segura que se lo devolveré. En cuanto a que si me animo... estoy dispuesto a todo.

- Entonces que así sea...

Genaro salió de la casa con el cofre bajo el brazo. La primera sensación fue de gran excitación. Era una locura, pero si resultaba podría cumplir con lo que había prometido. No sólo sabría sobre los motivos de la muerte, sino también, cómo se encontraba y dónde estaba, pues hasta del infierno pretendía salvarlo, aunque tuviese que hablar con el mismísimo demonio. Alguna cosa se podría hacer, de hecho iba a realizar algo que con sólo pensarlo parecería irrealizable, no era serio, ni lógico; pero si se podía, cualquier cosa podría ser posible. La segunda sensación se pegó inmediatamente a la anterior: era ridículo, nada tenía sentido, era un embuste de un vieja mitómana, y él se lo había creído, o no, por eso la contradicción. Pero habitaba un atisbo de credulidad en su mente, y la creencia es el comportamiento más elemental del hombre, el más irracional y compulsivo.

Convenció a su pareja para que saliese de compras, y dio el día libre a la empleada domestica; no podía esperar, la ansiedad roía su paciencia. Con la casa a solas se instaló en un cuarto trasero que utilizaba como depósito, la oscuridad era casi natural allí.

Las velas crepitaron furiosas, parecían meterse débilmente en la negrura espesa del espacio; el aire se volvió pesado, gélido, con ese frío típico de la carne inerte, de lo no vivo; y primó un silencio asfixiante, sordo, nada se escuchaba, hasta los sonidos ordinarios se habían callado. Genaro se sintió en una tumba, y pensó que así debió

haber padecido su querido hermano. Cerró su ojos y procuró concentrarse, no pudo, un espantoso temor lo invadió, se extendía desde su estómago hasta llegar a los genitales... la imagen del Jesús colgado se le apareció y lo miró con ojos penetrantes. Tomó el cofre entre sus manos y volvió a intentarlo, pero la mirada continuaba atravesándolo de lado a lado. Entonces dirigió su atención hacía otro sitio y encontró la oscuridad, y se fue metiendo en ella como quien camina sin rumbo, a tientas, esperando toparse con algo que lo detendrá. Allí estuvo, la imagen de su hermano apareció como un latigazo cruel... tendido en una plancha metálica, con su cara hinchada, su cráneo hecho astillas y una expresión grotesca. La tristeza lo inundó. Podría decir que estimó que era el momento preciso para abrir el cofre, pero no hubo tal estimación, lo hizo por puro impulso. Un viento ceniciento salió del cofre en una ráfaga feroz y lo golpeó, pero no sintió ninguna masa chocar sobre su cuerpo, fue como si él mismo se tirara para atrás sin tener la voluntad de hacerlo. Se repuso y miró hacia la oscuridad: nada, aunque sentía una presencia, se hizo difícil identificar entre la realidad y lo deseado. Luego dirigió sus ojos hacia el cofre abierto, estaba vacío. Quedó estático, observando si se producía algún acontecimiento distinto, pues más allá del viento, todo seguía igual que antes. Así estuvo por unos minutos...percibió que el frío se había disipado y que los sonidos cotidianos comenzaban a ocupar su atención, sin embargo algo inexplicable ocurría. Mientras giraba para encender las luces una presencia se movió hacia un costado, se asustó y miró, una sombra se hallaba parada justo frente a él, se volteó buscando el dueño de esa sombra pero no encontró a nadie. De inmediato se dio cuenta de lo particular de la imagen: no se podía ver a través de ella, era una sombra tan espesa como la niebla, sus contornos parecían esfumarse, envanecerse. La aparición lo miraba, si bien no había ojos como para hacer tal afirmación, era evidente que lo observaba.

- ¿Eres tú?- preguntó Genaro y no encontró respuesta-. ¿Hermano, eres tú?- insistió con fastidio.

- Soy yo... ¿qué quieres?- dijo la sombra con una voz ahuecada.

- Te he llamado pues preciso que hablemos.

- No me has llamado, me has traído...y ya estamos hablando.

- ¿Por qué te has suicidado?... debiste haberme llamado, como ves ningún problema es pequeño para tu hermano.

- Es algo que no te concierne- sentenció la sombra con enojo.

- No me contestes de esa manera...he estado atormentado...todo el tiempo pensando en ti. Me debes al menos una explicación.

- Tú eres el que debe- dijo y se escondió en la oscuridad.

- ¡Eres un maldito desagradecido!... pasé toda mi vida detrás de ti y así me lo agradeces- gritó Genaro enfurecido- .Ahora vete, no te mereces mi consideración...aunque te pudras en los infiernos...

La sombra volvió aparecer, pero esta vez a los pies de Genaro.

- ¿Es qué acaso no entiendes? ¿Por qué quisiste ligar lo que estaba desligado? Tuviste la oportunidad de hacerlo...pero no soportaste que te abandonara. Eres odiosamente insistente y siempre logras lo que quieres. Ya estoy aquí como deseabas y no te abandonaré. Nunca debiste sacrificarte por mí, pues no era necesario...ahora el sacrificio es inevitable y hasta imprescindible.

- ¿Es que te quedaras con migo?...

- Juntos por siempre...

-¡Será grandioso! Como cuando éramos pequeños... ¡Dios, no sabes cómo te he extrañado! ¡No sabes cómo te he llorado! Mi vida estaba vacía sin ti- dijo con los ojos humedecidos.

Los gritos de su pareja se escucharon afuera. Genaro se secó sus ojos, prendió las luces e invitó a su mujer a entrar.

- Me he reencontrado con mi hermano- le dijo lleno de felicidad.

La mujer lo miró con desconcierto e inmediatamente pasó a un rostro comprensivo y tierno.

- Mi amor...por favor, ya lo hemos hablado.

- Es verdad, mira esa sombra... es él, me ha hablado- dijo señalando hacia el piso.

- Genaro, me asustas... esa es tu sombra.

- Claro que no, es mi hermano que vino de los muertos para quedarse con migo... vamos dile algo para que se convenza...- pidió hablando a la nada. Pero la sombra quedó muda, siguiendo los movimientos del cuerpo de Genaro-. No te hagas el gracioso...dile algo o creará que estoy loco...- la sombra siguió inmutable- Me harás enojar... saluda al menos...

- ¡Genaro, ya es suficiente!...Entiende, tu hermano está muerto y no hay nada que puedas hacer.

- ¡No es verdad!- gritó con furia desbordada-. Esa sombra es mi hermano y se está haciendo el gracioso...vamos... ¡demonios!...di algo, maldito...no juegues... nunca perderás la costumbre de fastidiarme.

Genaro fue internado en una clínica psiquiátrica de la ciudad con una terrible crisis psicótica. En sus delirios refiere haber realizado un ritual con un cofre, dicho cofre lo ha conectado con las sombras del más allá, y asegura que su sombra es la presencia de su hermano fallecido trágicamente. Se desespera cuando lo dejan a oscuras y pasa horas hablando con su sombra, dicen que suele enojarse con ella pero luego de unas horas se reconcilia y retoma las charlas, los temas giran sobre su niñez. Lamentablemente los tratamientos a los que fue sometido no han dado resultado, estiman que pasará mucho

tiempo hasta lograr alguna mejoría. Su mujer, que no entiende la repentina locura del paciente, tiene ciertas dudas, ha visitado la antigua casona de Dora y ha averiguado que tal señora existía, era la bruja del barrio; y que había desaparecido extrañamente. La policía cree que Genaro la asesinó y ocultó el cuerpo en un lugar aún no determinado.

Los médicos le han dicho a la mujer que son esperables sus dudas, que por lo general los parientes suelen negar la gravedad del cuadro y suponer causas fantásticas.

Recientemente Genaro fue confinado a una celda solitaria pues resultó ser una mala influencia para los internos. Desde su presencia, los pacientes dicen haber hablado con seres queridos desde el mundo de los muertos. También, aunque jamás lo admitirían, algunos empleados, lo han consultado. Dicen que se suele escuchar una voz ahuecada en su celda, los psiquiatras afirman que es el mismo paciente que produce esa voz diferente, pero los enfermeros saben que no es así, pues cuando discuten aparecen ambas voces simultáneamente.

- Mira dónde he terminado por tu culpa.

- Tú fuiste el que insistió para traerme...el que no podía vivir sin mí, ahora debes pagar por haberlo hecho, debes sacrificarte... y no me digas que no te lo han advertido. Mira que dejarte engañar por la vieja Dora...

- No quiero verte más... vete y no vuelvas.

- ¡Qué necios son los mortales! Soy tu sombra y de ella no te libras...

LUDOVICO NOUS

